

Trauma y denuncia en los testimonios del exilio chileno

Jaume PERIS BLANES
Universitat de València

RESUMEN

El artículo analiza el rol cumplido por los testimonios que los supervivientes de los campos de concentración chilenos publicaron en el exilio en los años siguientes al golpe de estado de 1973, que dio origen a la dictadura de Pinochet. El artículo se centra en dos elementos principales. Por una parte, el papel de los testimonios en las estrategias de denuncia internacional contra la dictadura. Por otra, el modo en que los supervivientes utilizaron la escritura testimonial para elaborar y dar un sentido narrativo al trauma experimentado en los campos de concentración.

Palabras clave: Testimonio, Chile, exilio, represión, campos de concentración, memoria

Trauma and Protest in Testimonies of Chilean Exile

ABSTRACT

The article analyzes the role accomplished by the testimonies of survivors of concentration camps in Chile, which were published in the early years after the military putsch of Pinochet on 1973. The article focuses in two main elements. On one hand, the role accomplished by testimonies in the international protests against the Pinochet dictatorship. On the other hand, the way they used the witness writing for working through their trauma of violence.

Key words: Testimony, Chile, exile, repression, concentration camps, memory

SUMARIO: I. Denuncia pública y reconstrucción de las luchas. II. Experiencia límite y fragmentación del relato. III. Representar la cosificación: la impropiedad del cuerpo Propio. IV. La imposible posición del testigo.

I. Denuncia pública y reconstrucción de las luchas.

La extrema violencia desplegada por el régimen militar chileno desde el Golpe de Estado de 1973, que pronto se concretaría en un sistema represivo basado en los campos de concentración y de tortura, fue perfectamente funcional a una serie de reformas estructurales en la sociedad chilena que permitieron llevar a cabo una ver-

dadera revolución capitalista¹. Esa transformación revolucionaria, que inscribió a la sociedad chilena en el ideario más ortodoxo del programa neoliberal, necesitó para tener lugar de la ruptura del tejido social que había hecho posible la llegada al poder gubernamental de la Unidad Popular a principios de la década, con un programa de vertebración social y de participación política absolutamente diferente.

La dinámica represiva del gobierno militar se anudó en todo momento a las transformaciones legislativas, económicas y sociales que sacudirían Chile a partir de 1973, generando un dispositivo conjunto cuyo objetivo y efecto fundamental fue generar un régimen de producción de subjetividades funcionales a la sociedad de mercado. De hecho, las tecnologías de la represión aplicadas por los militares revelaban una concepción de la subjetividad como una sustancia modulable por el suplicio corporal. Al contrario de lo que la ideología militarista propuso siempre, el objetivo fundamental de la tortura no fue tanto extraer información de los detenidos como arrasar las identidades políticas constituidas y los lazos sociales que las sostenían. En ese sentido, el sistema concentracionario y la aplicación masiva de la tortura que siguieron al Golpe del 73 no deben ser pensados como desbordes o excesos en la aplicación del poder sino como elementos estructurales en el proyecto de transformación social que puso en marcha el gobierno de la Junta Militar.

Quizás por ello, y desde el primer momento, los testimonios de los supervivientes en el exilio se propusieron como un espacio en que los compromisos y los modos de la experiencia que habían sostenido el proyecto popular podían ser, de alguna forma, resguardados. Ello se llevaría a cabo describiendo los espacios –los campos de concentración y tortura- especialmente diseñados para acabar con ellos. De ese modo, los supervivientes que decidieron narrar su experiencia en los campos al mismo tiempo que denunciaban públicamente el alcance de la represión militar trataban de establecer las bases para que los proyectos que ésta trataba de cercenar pudieran tener, en el futuro próximo, una continuidad.

Ello explica que muchos de los testimonios fueran prologados por figuras de primer orden del proyecto de la Unidad Popular, como fue el caso de Luis Corvalán, Volodia Teitelboim o Gladys Marín. En las palabras con las que presentaban los relatos de los supervivientes quedaba claro que, desde su perspectiva, testimoniar de lo ocurrido en los campos constituía una nueva forma de la lucha social en perfecta continuidad con el proyecto popular de la UP, en el momento en que el régimen militar había cegado todos los canales de participación en los que éste se había vehiculado hasta el momento. En ese sentido, en el imaginario de la izquierda en el exilio los supervivientes que ofrecían su testimonio se convirtieron en combatientes de un nuevo cuño, elementos clave para la reconstrucción de las luchas cercenadas por la violencia del Golpe.

De entrada, algunos de los testimonios de supervivientes de los campos se convirtieron en elementos de circulación en los que muchos de los exiliados hallaron un espacio de reconocimiento, lo cual sentaba las bases para una cierta cohesión simbólica ante la disgregación geográfica del exilio. Incluso, algunos de ellos circula-

¹ Según la acertada expresión de Moulian (1996).

ron en ejemplares mimeografiados o de papel de calco, entre la militancia clandestina que todavía quedaba en el interior de Chile. El testimonio de Alejandro Witker, *Prisión en Chile*, cedería incluso sus ingresos editoriales a la dirección clandestina de su partido en el interior del país, con la esperanza de contribuir a la reconstrucción de sus luchas.

La primera producción de textos testimoniales en el exilio guardó una estrecha relación, por tanto, con el amplio movimiento de denuncia internacional que siguió al Golpe del 73, y que desde diferentes espacios trató de presionar a los gobiernos occidentales para detener el desarrollo del régimen militar. En las comisiones, eventos e intervenciones que se enmarcaron en ese movimiento de denuncia, la figura de los supervivientes de los campos fue prácticamente omnipresente, y muchas de las publicaciones de urgencia en las que se denunciaba la dinámica atroz desplegada por la Junta Militar incorporarían, ya desde los primeros meses, los testimonios de aquellos que habían pasado por los campos de concentración y de tortura, que aparecerían como los portadores de un saber singular, basado en la experiencia propia, sobre los procesos que allí estaban teniendo lugar.

Conscientes de la importancia que su figura y su palabra estaban cobrando en los movimientos de denuncia y en los intentos de reconstrucción de las luchas cercenadas por el Golpe, los supervivientes llevaron a cabo en sus testimonios un trabajo de representación de algunos de los elementos centrales de los proyectos populares, de las identidades políticas y de las formas de la experiencia que el sistema de campos trataba de arrasar, con el objetivo de resguardarlos, aunque fuera simbólicamente, ante el huracán militar y de servir de referencia y de anclaje para la reconstrucción política que necesariamente había de venir tras la caída del régimen de Pinochet.

Así, muchos de los supervivientes utilizaron el relato de la vida en los campos como metáfora de las relaciones sociales que el régimen militar había cercenado, y en muchas de sus narraciones construyeron un imaginario contrastivo en el que los modos de actuación de los militares hallaban su negativo en la forma en que los prisioneros se relacionaban entre ellos. Representando aquellos elementos que la dinámica represiva se esforzaba en quebrar –las identidades políticas constituidas, las formas del lazo social, la experiencia de la colectividad– ponían el acento en el modo en que todos ellos sobrevivían a pesar de la violencia militar.

Muchos de los testimonios extenderían, pues, a todos los estratos de la representación un proceso de metaforización de la concepción de la comunidad que había sostenido el empuje del proyecto popular y que no deseaba darse por perdida. Por una parte, proponiendo la experiencia vivida en los campos como inmanentemente colectiva, y construyendo las vivencias individuales como hipótesis de una experiencia comunitaria. Por otra parte, mostrando la pervivencia de los compromisos colectivos en las relaciones entre los prisioneros.

Ese proceso de metaforización de la comunidad perdida no se limitaba solamente a la presentación de situaciones en que los compromisos colectivos aparecieran movilizados, sino que atravesó en muchos casos el modo en que las narraciones organizaron sus materiales de base, las diferentes voces y discursos que en ellas se daban cita y las propias estructuras narrativas en las que los testimonios tomaban

cuerpo. Frente a las subjetividades dóciles, maleables y despolitizadas que el sistema de campos buscaba producir, los supervivientes enunciaron su experiencia del horror desde el régimen de la experiencia política que éste trataba de arrasar, con el objetivo declarado de abastecer al futuro próximo de elementos de referencia para la rearticulación de las luchas y del tejido social que el gobierno militar estaba obcecado en destruir.

Lo cierto es que todo ese esfuerzo de resguardo poco tendría que decir en el proceso de redemocratización de Chile, y quedaría para la ideología transicional como un resto más bien siniestro de un pasado del que nada se quería saber. Ello no es de extrañar, pues si la Transición fue efectiva en algo fue precisamente en su capacidad para evacuar ese imaginario contrastivo que había sostenido las luchas de los primeros setenta, y que en el mejor de los casos quedaría congelado, como la fotografía de un tiempo otro, en los testimonios de los supervivientes en el exilio, que en el imaginario de la Transición democrática irían adquiriendo el color sepia de los recuerdos que, por lejanos, parecen llegarnos de un mundo ajeno.

Ni siquiera eso, para buena parte de los actores de la Transición, los testimonios de los supervivientes, con su presencia lacerante del proyecto histórico que cambió Chile y de la violencia que hizo falta para acabar con él, se presentarían como un desecho de un tiempo otro que no ofrecía pista alguna sobre los rumbos políticos del futuro, y que carecería de cabida en el proyecto consensual que vertebraría la redemocratización y la reorganización social de los años noventa. Así, los testimonios de los supervivientes serían relegados a un archivo del que, sin muchas excepciones, no querría hacerse cargo nadie. Como los turbios secretos de familia, serían relegados a un olvido que se presentaría, además, como la condición del éxito espectacularizado del proceso transicional, convirtiéndolos así en una materia inerte, sin capacidad de irradiación en el espacio social del que pocos años atrás habían soñado ser los referentes.

II. Experiencia límite y fragmentación del relato.

Cuando fui obligado a abandonar mi país a fines de 1974 me encontraba conmovido. *No había logrado integrar a mi mente el significado de lo que acababa de suceder*?. [...] Entonces me ocurrió algo inesperado: releía las páginas y el recuerdo inicial era muy borroso, sólo paulatinamente iba retornando a mi memoria. *A ratos era como si el texto lo hubiera escrito otro*. Curioso cómo la mente apaga aquellos recuerdos que podría dificultar su funcionamiento... (Bitar, 1987: 13, cursiva añadida).

Tratándose de un testimonio muy tardío, publicado ya en Chile en los últimos años de la dictadura militar por un actor fundamental del proyecto político de la Unidad Popular, quien fuera ministro de industria en el gobierno de Allende y, muchos años más tarde, ministro de educación en el ejecutivo de Lagos, *Isla 10* planteaba explícitamente, a través de esa reflexión, la relación que el sujeto superviviente mantenía con el acontecimiento traumático vivido en el interior de los campos. Más todavía, cuál era el rol que la escritura testimonial podía tener en la elaboración

simbólica de esa relación, y por tanto, en un cierto proceso de reconstitución de la subjetividad tiempo después de que las tecnologías de la violencia implantadas por el gobierno militar hubieran hecho de ella su espacio principal de aplicación.

De entrada, el texto de Bitar señalaba que la vivencia de los campos era algo que, al principio, no podía integrar en su propia biografía. Se trataba, por tanto, de un elemento que el superviviente había expulsado de la representación de su propia experiencia, ya que no hallaba la forma de hacerlo entrar en ella. De esa forma, la vivencia de los campos se situaba en un régimen de excepción o de discontinuidad con respecto a sus demás experiencias, y resultaba extremadamente difícil para el sujeto construir una narración en la que incluirla: como si la experiencia del campo de concentración hubiera producido una discontinuidad en el tiempo del sujeto, un vacío en el que no se reconocía como tal.

Ese problema se convertiría en uno de los elementos de reflexión recurrentes en la narrativa testimonial chilena, que con intensidades y formas diferentes no dejó de abordar esta cuestión. El testimonio se presentó en muchos de los textos escritos por los supervivientes como el espacio que posibilitaba reintroducir ese acontecimiento traumático en el tiempo del sujeto, o lo que es lo mismo, construir una posición de sujeto desde la cual representarse a sí mismo en el acontecimiento traumático. Ello exigía, como es lógico, una enorme energía ilocutoria para llevarlo a cabo, y la construcción en muchos casos de un complejísimo dispositivo retórico sobre el que sostener esa posición para hablar.

Lo interesante es que la construcción de esa posición enunciativa –que no es otra que la posición del testigo– capaz de llevar a cabo ese proceso no se produjo sin violencia ni contradicciones: “A ratos era como si el texto lo hubiera escrito otro”, se lee en la cita de Bitar. Y ese anudamiento paradójico de la experiencia narrada al ‘yo’ que tomaba cuerpo en el texto iba a adquirir, en cada uno de los testimonios, una forma diferenciada, tomando en algunos casos extremos –aquellos, quizás, de mayor elaboración formal– la forma de verdaderas paradojas ontológicas, como veremos.

De hecho, las escrituras testimoniales no solamente propondrían su intervención en relación a los proyectos de transformación histórica de los que sus autores habían sido portadores. Aunque ello fuera el elemento que daría sentido político a los textos permitiéndoles de ese modo recorrer los espacios de circulación que he estado describiendo y proponer su funcionalidad en los términos en los que lo hicieron, lo cierto es que todo su trabajo de escritura se vería atravesado por un elemento que parecía emerger de forma disruptiva ante la dirección explícitamente política de su discurso. De hecho, la presencia de lo que podríamos denominar un resto fantasmático del acontecimiento traumático en las escrituras testimoniales parecía erosionar la solidez de su apuesta política, horadando la rotundidad de sus enunciados y socavando desde dentro la potencia aparente de su vinculación a los proyectos históricos concretos.

Esa presencia esquiiva pero omnipresente, difícil de localizar pero que sin embargo atravesaba a los testimonios de principio a fin, fue sin duda el elemento que particularizó a estas escrituras y las diferenció en buena medida de otras escrituras

políticas. De hecho, más allá de las representaciones de las relaciones sociales que pusieron en marcha, de sus proclamas ideologizadas y de su autorrepresentación como piezas centrales en las luchas del exilio, aquello que anudó realmente la politicidad de los testimonios de los supervivientes fue la presencia de ese resto traumático que, aun sin desearlo, revelaban.

Si bien cada superviviente se enfrentaría de un modo diferente a ese núcleo traumático que la experiencia concentracionaria suponía, cada uno de ellos necesitaría construir una posición de escritura desde la cual, de algún modo, ésta pudiera ser inscrita en el discurso. Este fue el reto fundamental, de hecho, al que la enunciación testimonial se enfrentaba: ¿cómo poner en discurso la experiencia traumática que en el interior de la dinámica de los campos había tenido lugar?, ¿a partir de qué tono lingüístico enfrentar el horror?, ¿mediante qué estrategias narrativas poner en orden una vivencia que había supuesto un corte fundamental en la biografía del sujeto?, ¿con qué procedimientos discursivos crear un espacio en el que la potencia dislocadora del acontecimiento traumático pudiera emerger en un relato sin quebrarlo por entero?, ¿cómo inscribir, en fin, los procesos de desobjetivación que habían tenido lugar en el superviviente en la narración con que éste sostenía su biografía y, de ese modo, la posición subjetiva que habilitaba para hablar?

Sabemos que la idea de trauma mantiene una estrecha relación con el tiempo de la subjetividad: se trata, ni más ni menos, de una vivencia que el sujeto percibe como extraña a sí mismo, como ajena a su biografía, como un accidente que provoca una discontinuidad en el tiempo subjetivo. Así, el acontecimiento traumático es expulsado del entramado narrativo con el que el sujeto organiza su propia biografía y por tanto de la temporalidad -no cronológica sino vivencial- a partir de la cual se sitúa en el mundo y produce una experiencia de él. El trauma sería por tanto lo que viene a establecer un hiato en la temporalidad subjetiva, dado que se trata de un suceso que amenaza precisamente con producir una disolución del Yo y por tanto no puede inscribirse en la lógica del deseo del sujeto².

Puestas así las cosas, los testimonios de los supervivientes de los campos planteaban un interrogante fundamental, al que trataban de dar respuesta en su propia escritura: ¿hay alguna forma de que el sujeto incorpore el suceso traumático a su historia? Tratando de responder a esta pregunta señalaba Lawrence Langer en un libro ya clásico sobre los testimonios de los campos del exterminio nazi que:

El testimonio es una forma de memoria [...] luchando contra lo que podemos llamar memoria disruptiva, es un esfuerzo de reconstruir algo similar a una continuidad en la vida como si fuera una existencia normal. La 'cotemporalidad' deviene el principio de esos testimonios, en tanto que el testigo lucha con la imposible tarea de hacer que sus reminiscencias del campo se articulen con el resto de sus vidas (Langer 1991: 3).

² Un interesante acercamiento al problema desde la perspectiva psicoanalítica puede hallarse en Roca (1998).

Más que eso, los testimonios llevaron a cabo –a veces de forma evidente, otras de un modo más velado– un proceso de elaboración del acontecimiento traumático convirtiéndolo en el centro de una narración que al mismo tiempo lo ubicaba como el motor del discurso y, por su efecto disgregador, como la principal amenaza del relato que en torno a él trataban de construir. Si, como casi todos los supervivientes planteaban en sus textos, la dinámica de los campos de concentración implicó un derrumbe del orden subjetivo, una experiencia de radical dislocación en la que el sujeto, en mayor o menor medida, se había venido a pique, el testimonio puede pensarse como el proceso por el cual el superviviente reclamaría su posición como testigo: reconstituiría a través de él su posibilidad de dirigirse al otro y de esa forma la posibilidad misma de construir una posición de testigo para su propia experiencia, desde la cual, además, ésta pudiera ser narrada.

Lo que más llama la atención en una mirada general a los testimonios de supervivientes realizados durante los primeros años del régimen militar es la débil narratividad sobre la que casi todos se sostuvieron. Sin embargo, la débil narratividad de la mayoría de estos testimonios no debe leerse como un fracaso estético, sino como un índice del modo en que los supervivientes trataron de articular la experiencia concentracionaria en el discurso. De hecho, la mayoría de estos testimonios carecieron de un elemento que unificara las diferentes experiencias que en ellos se narraban y que las inscribiera de ese modo en una línea de continuidad causal que hiciera inteligibles las relaciones entre unos y otros elementos narrativos: en definitiva, lo que faltó en gran parte de ellos fue un sujeto fuerte capaz de suturar con su presencia la disgregación de los diversos elementos de la experiencia que ponían en juego en sus relatos.

Ello nos habla, a mi entender, de dos cuestiones fundamentales: en primer lugar el hecho de que la experiencia concentracionaria se presentaba de modo radicalmente fragmentado a los supervivientes; y en segundo lugar, que el modo en que esta experiencia fue elaborada en el discurso narrativo no hallaría, en la mayoría de los casos, ningún elemento mediante el cual integrar totalmente esos elementos disgregados en una narración unitaria.

Se trata, por supuesto, de una consideración general, pero suficientemente recurrente como para pensar que en esa debilidad narrativa se halló uno de los nudos fundamentales del testimonio, pues ella cifraba, de algún modo, la relación que en ellos se establecía entre la experiencia fragmentada, la narración en que se incluía y la subjetividad garante de esa narración y de su potencial sutura.

Esto es, la enunciación testimonial puso en juego una serie de relaciones enormemente complejas y sutiles entre el ‘yo’ que hablaba en ellos –y que reclamaba para sí el estatuto de testigo superviviente– y el sujeto que había sufrido la experiencia concentracionaria convirtiéndose así en el espacio de una radical e involuntaria transformación interior. Su imposible adecuación marcaría, como analizaré, gran parte de las estrategias retóricas de los supervivientes para narrar lo vivido en los campos.

Tratando de dar cuenta de la experiencia que tuvo lugar en los espacios que los militares habilitaron para quebrar las identidades sociales constituidas y edificar,

desde allí, un nuevo régimen de producción de subjetividades funcional a la nueva sociedad neoliberal, y habiendo sido el sujeto que hablaba en ellos el espacio fundamental de esa radical dislocación, no es extraño que quien se hiciera cargo del discurso lo hiciera de forma titubeante, exploratoria, sin capacidad para construir un dispositivo capaz de hacer inteligible, homogéneo y con continuidad narrativa el lenguaje con el que daba cuenta de ello.

En ese sentido, la representación de las escenas de tortura –donde se extremó radicalmente la lógica de la violencia que atravesó a toda la dinámica concentracionaria- fue el espacio en el que se concentraron gran parte de las contradicciones y de los problemas de representación a los que se enfrentaban los supervivientes al testimoniar. Las formas en que en los textos se construyeron las escenas de tortura fueron, por supuesto, enormemente variadas y dependieron de las elecciones que cada superviviente tomó a la hora de afrontar la representación. Pero diría que por ello mismo la forma de su construcción y el lugar que ocuparon en la estructura global de cada relato de los campos condensaba la ética de la enunciación sobre la que cada testimonio se sostenía. Concentraba, al menos, como un nudo problemático, la multitud de elecciones de representación a las que el superviviente debía enfrentarse para aludir en el texto a aquellas experiencias que supusieron el núcleo más traumático de su experiencia o, en algunos casos, de una experiencia de la que si bien no era directamente el titular, no podía desprenderse en absoluto. La cuestión radicaba precisamente ahí: ¿existía un sujeto titular de la experiencia de la tortura? Y si era así ¿podía coincidir con el sujeto titular del discurso, es decir, con aquel que tomaba la palabra y se hacía garante del mundo narrado?

III. Representar la cosificación: la impropiedad del cuerpo propio.

En *Prisión en Chile*, por ejemplo, la mirada que Alejandro Witker construía para abordar las torturas en los campos era a la vez muy distanciada y eficaz en su voluntad analítica. El sujeto que en él hablaba construía una densísima máscara que lo alejara al máximo de los procesos que estaba describiendo a través de un procedimiento de impersonalización propio de ciertas escrituras académicas a la vez que presentaba un juicio extremadamente marcado moralmente de lo que iba a describir. Revelaba, por tanto, una fuerte voluntad de desvincular de la experiencia personal la posibilidad de articular un juicio sobre el problema de los campos, para que éste no se viera contaminado por los fantasmas propios de la experiencia del superviviente.

Los castigos corporales eran muy variados: descargas eléctricas que se aplicaban en los órganos sexuales y en el ano, pecho, sobre el corazón; a las mujeres, en ambos senos, en los ojos, en la nariz. En estos lugares se colocaba un apretador, conectado a un artefacto eléctrico, para luego accionarlo hasta provocar en el prisionero extenuantes crisis nerviosas, vómitos, desmayos, e incluso infartos cardiacos que costaron numerosas vidas. Los cuerpos solían ser golpeados con látigos de goma, cadenas metálicas y palos, y por supuesto por las botas de los torturadores. Se practicaba el colgamiento de los prisioneros. Unas veces se les mantenía suspendidos de una viga, atados de los pies con la cabeza hacia el suelo, o bien de las manos fuertemente atadas.

De una u otra manera, el suplicio se practicaba por varios días, incluso semanas, y era matizado con lanzamientos violentos contra los muros. Las quemaduras eran procedimiento socorrido: en una de cuyas variantes se procedía a quemar los senos de las mujeres con cigarrillos encendidos (Witker, 1975: 36).

Se trataba, casi, de una tipología de los castigos, de una descripción con voluntad antropológica de las formas posibles de la tortura. Por supuesto, nada de la experiencia subjetiva afloraba en este análisis, y ninguna marca textual vinculaba al sujeto que hablaba con las dinámicas que estaba describiendo. Por el contrario, pareciera que la mirada con que Witker explicaba el funcionamiento de las torturas se desvinculara por completo de cualquier anclaje experiencial. Es más, el propio armado sintáctico del texto excluía la participación subjetiva en las acciones narradas (“los castigos corporales eran”, “en estos lugares se colocaba”, “los cuerpos solían ser golpeados”, “el suplicio se practicaba”...), hablando de la implicación de los cuerpos en procesos más o menos abstractos, pero desvinculándolos de cualquier experiencia personalizada³.

Pero ese gesto a la vez retórico y ético —el lector, ante ese vacío valorativo, se veía en la necesidad de construir él mismo una posición moral desde la cual elaborar un juicio sobre la dinámica que impersonalizadamente se le presentaba— permitía también objetivar para el superviviente la experiencia que, si bien le había tocado vivir, decidía no representarla como una experiencia propia. Ese proceso de objetivación analítica de la experiencia guardaba sin duda una estrecha relación con la posición de exterioridad con respecto a la propia experiencia que, decía Bitar, hacía que en determinados momentos se le apareciera ‘como si fuera de otro’. Y de ese modo, con la necesidad del superviviente de habilitar una posición de escritura desde la cual mirar la experiencia desgarradora de la tortura como si no fuera su subjetividad la que en ella se hubiera visto implicada.

La construcción de esa distancia objetivante fue modulada de formas muy diversas en los testimonios de cada superviviente, y en cada uno de ellos obedecería a motivos particulares; pero en muchos de ellos fue desplazada hacia una objetivación del propio cuerpo e incluso de la subjetividad del detenido, estableciendo un sutil y desgarrado juego de distancias entre ellos y la instancia enunciativa que pondría en primer plano las dificultades del superviviente para pensarse a sí mismo en la interior del campo y, sobre todo, en la escena extrema de la tortura.

En ese sentido, algunos de sus más potentes textos presentaron una importante tendencia a explorar las posibles soluciones formales para la representación del proceso de cosificación que había tenido lugar en la lógica concentracionaria y especialmente en las sesiones de tortura. En la forma necesariamente conflictiva en que estos resolvieron formalmente la relación entre el sujeto que hablaba y ese proceso de cosificación que en él había tenido lugar cristalizarían gran parte de las contradicciones de estos testimonios.

³ En su testimonio, Manuel Cabieses señalaba que “despersonalizar nuestra situación no sólo alivia, sino que permite comprender mejor” (1975: 67).

En *Prigüé*, por ejemplo, ese proceso de cosificación tomaba la forma textual de una objetualización progresiva de los prisioneros, entre los que se hallaba el propio Rolando Carrasco, el autor del testimonio. En un primer momento, para describir el proceso de cosificación al que eran sometidos, la enunciación situaba a los prisioneros como sujetos de los procesos que describía⁴: “constituimos una cuelga de chorizos”. Pero en la escena en que Carrasco describía el comienzo de las sesiones de tortura estos serían desplazados, en la propia sintaxis oracional, a una función objetual:

Me toca el cuerpo buscando armas. Es el tercero o cuarto registro en lo que va de corrido desde la detención hace diez horas. De cara a la pared no veo los rostros del trío pero sí distingo gotitas de sangre coagulándose en la pared y arrastrándose trabajosamente hacia abajo. *Las bolitas rojas dejan tras sí una estela opaca al secarse.*

¿Cómo te llamas?

Doy mi nombre.

¿A qué partido perteneces?

Al Partido Comunista.

El puño que viajaba en dirección a *mi cara* se detiene junto a *un ojo* sin tocarme.

-¿Así que eres comunista? ¿Y no tienes vergüenza de confesarlo?

- No.

El puño vuelve y me tuerce *la cabeza* al impacto. Multiplicado cae *en el cuello, espalda, orejas*. *Una rodilla* encuentra desde atrás *los testículos*. Aprieto *las mandíbulas* y cierro *las manos* en un encogimiento desesperado (Carrasco, 1977: 29, cursiva añadida).

El desplazamiento sintáctico se extendía así a todos los estratos de la representación, transformando los principios sobre los que se sostenía la figuración del texto. De hecho, la objetualización gramatical daba cuenta de un proceso de vaciado de todos aquellos elementos que pudieran dar coherencia y organicidad a la representación del sujeto y de su corporalidad. El cuerpo del detenido entraba en la escritura como una mera suma de fragmentos disgregados, imposibles de unificar en una instancia única. Esos fragmentos corporales desarticulados de los cuerpos y de las intencionalidades de las que debían depender aparecían como meros objetos (el puño, la cabeza, el cuello, la espalda) aislados de cualquier relación de continuidad entre ellos. De igual modo, la sangre aparecía desligada de sus causas violentas, construida discursivamente como una mera superficie visual (“Las bolitas rojas dejan tras sí una estela opaca al secarse”).

El texto presentaba, pues, un importante trabajo de distanciamiento entre la subjetividad que en él hablaba y los elementos de la escena que describía. Lo paradójico

⁴ “*Fila de a uno. Nos amarran las manos a la nuca. [...] Pegados unos a otros nos cuesta avanzar, pese a los empujones de los guardias. Constituimos una cuelga de chorizos de piezas verticales* trepando a tanteos la escala, estimulados por los culatazos y los gritos” (Carrasco, 1977: 29, la cursiva es mía).

co es que esos elementos eran precisamente su cuerpo, su conciencia y la agresividad de sus torturadores y sin embargo ningún ‘yo’ se ofrecía para reorganizar en torno a él todos esos elementos disgregados en la escena y desvinculados totalmente, así, de la subjetividad que se hacía cargo del discurso. Era mediante ese proceso de distanciamiento, como Carrasco llevaba a cabo una cierta elaboración en el discurso del proceso de cosificación que se hallaba en el horizonte de la representación: haciendo que en el seno de esa escena cualquier relación de sentido entre las partes del cuerpo y el sujeto que en ella hablaba quedara fuera de lugar.

En la frase que cierra el fragmento seleccionado, sin embargo, las mandíbulas y las manos del detenido aparecían vinculadas a una subjetividad que sobrevivía, a pesar de todo, a ese proceso, ya que aparecían referidas a verbos que implicaban una acción consciente por parte del sujeto que las realizaba, y que se identificaba, ahora sí, con el sujeto que allí hablaba. Ese vaivén entre subjetivación y objetivación sería recurrente en el texto de Carrasco, así como en otras propuestas testimoniales, y marcaba, si no me equivoco, uno de los grandes *impasses* a los que se enfrentó la enunciación testimonial.

De hecho, la representación del dolor corporal sería uno de los retos que debieron afrontar estas escrituras, y probablemente aquello que mayores problemas presentó a los supervivientes a la hora de construir un dispositivo enunciativo capaz de hacerlo. Quizás porque el dolor extremo de las sesiones de tortura amenazaba con destruir la organicidad del cuerpo y, de ese modo, con arrasar aquello en lo que la identidad subjetiva se sostenía⁵.

Algunos de los testimonios tomarían ese problema como su principal espacio de exploración. En el caso del impresionante texto de Carmen Rojas *Recuerdos de una mirista* la conflictiva relación entre el cuerpo y la subjetividad durante el encierro fue tematizada insistentemente, apuntando a la representación de la experiencia de incontabilidad del cuerpo de la que casi todos los supervivientes testimoniaron. En el caso de Rojas ésta se hallaba ligada a la ‘pérdida de la sensación de espacio y de equilibrio’, esto es, a la desubicación subjetiva debida al bloqueo de los sentidos que la tecnología represiva producía en el detenido. Esa desasosegante representación de la desconexión entre la voluntad subjetiva y el funcionamiento de su cuerpo era la antesala de una representación fantasmagórica que tenía a los cuerpos de los detenidos como objeto principal. En ella, la potencia del dolor había hecho ininteligible su organicidad y, desaparecida la imagen unitaria del cuerpo, la subjetividad que sobre ella debía sostenerse caía también fragmentada.

Sin embargo, esa fragmentación de la subjetividad como efecto de la dislocación de la imagen del cuerpo tenía lugar en el enunciado, en tanto que era representada en él, pero no permeaba la voz enunciativa. De hecho, en términos lingüísticos, lo que tenía lugar en el texto era un radical distanciamiento entre el sujeto de la enunciación y el sujeto del enunciado, perfectamente verosimilizado por la distancia

⁵ En su estudio ya clásico sobre la estructura de la tortura, haciendo referencia al desmoronamiento del mundo del prisionero que tiene lugar en ella, Elaine Scarry sostenía que “la ausencia de dolor es presencia de mundo; la presencia de dolor es la ausencia de mundo” (Scarry 1985: 37).

temporal que implicaba la idea de *Recuerdos de una mirista* que titulaba el testimonio. Un distanciamiento que no implicaba que el uno no se reconociera en el otro, sino que habilitaba precisamente el hecho de que un sujeto pudiera hablar de su propia desarticulación en el pasado, una vez éste ya había sido ‘reconstruido’ por la acción reparadora del tiempo. Establecida esa distancia, Rojas representaría la propia caída mediante la construcción de un sujeto de enunciación fuerte capaz de hallar imágenes extraordinariamente condensadas para dar cuenta de su propio derrumbe subjetivo:

Recibí la primera descarga con un alarido. Todo mi cuerpo se estremeció bruscamente. Me crujió la cabeza y los tobillos me dolieron tanto, *como si además de los huesos, me estuvieran golpeando cada uno de los nervios y las venas de las piernas*. [...] El tiempo fue otro enemigo: esperaba, eternizada en el pavor, los breves intervalos entre descarga y descarga, tensando el cuerpo y retorciendo los músculos en un *intento de fuga imposible que moría en el solo espacio de mi cuerpo*. Entonces, cada descarga venía más atroz y dolorosa que la anterior [...] Me ahogaba. *Mi cuerpo saltaba solo* [...] Después, *desmadejada*, me tiraron en la celda. (Rojas, 1988: 28, 31, cursiva añadida).

Más allá de la extraordinaria construcción de imágenes que el texto llevaba a cabo, éste se hallaba atravesado, como otros muchos testimonios de supervivientes, por un proceso figurativo de progresivo aislamiento del cuerpo con respecto a la subjetividad que en él se alojaba (“mi cuerpo saltaba solo”, “desmadejada”). Ello no era de extrañar, pues ese proceso fue sin duda una de las más potentes utopías de la tecnología concentracionaria, volcada en el progresivo arrinconamiento de todo lo que había de subjetivo en el individuo y en su transformación en una mera existencia corporal desligada de identidad ni voluntad⁶.

Albert Sucasas planteó al respecto que la experiencia concentracionaria se hallaba nucleada en torno a la vivencia del propio cuerpo, “pero de un cuerpo que ya no cabe considerar, sin más, como cuerpo propio. Paradójica experiencia: a la par, extrañeza de un cuerpo que ha dejado de pertenecerle y radicalización de la identificación con su cuerpo; el concentracionario vive, en tanto que horizonte irrebasable de su existencia, la aporía de la *impropiedad del propio cuerpo*” (2000: 198).

En ese sentido, la dinámica del campo tendría como objetivo y efecto la destrucción de la subjetividad y la identidad: “sin identidad, el concentracionario se convierte en pura existencia somática, en carne desnuda” (Sucasas, 2000: 198). Los supervivientes tratarían de textualizar en sus testimonios ese proceso a través de estrategias retóricas muy diferentes, pero apuntando siempre a la búsqueda de un dispositivo capaz de dar cuenta de ese proceso de desubjetivación –esto es, de arrinconamiento progresivo de lo subjetivo por el derrumbe de las relaciones de sentido con su propio cuerpo.

⁶ Esa es una de las tesis desarrolladas por Agamben en sus estudios sobre los campos de concentración y su producción de nuda vida (1999, 2000).

El interesante testimonio de la colaboradora Luz Arce representaría de un modo aún más complejo el proceso de disociación entre la subjetividad y la materialidad del cuerpo que había tenido lugar en sus sesiones de tortura:

Sin decir nada me tiraron sobre una colchoneta y me violaron. Varios hombres: al principio intenté resistirme, traté de impedir que me sacaran la ropa, pegué a ciegas patadas. Luego en el suelo, y con el peso de esos individuos sobre mí, su aliento fétido me dolía adentro como si me hubieran roto, dolor en todo el cuerpo, estoy llorando, ya no tengo fuerzas, sólo percibo que *soy 'algo' tirado ahí que está 'siendo' usado*. Que si resisto es como un estímulo, que si me quedo quieta, si vago mentalmente por otros lugares parece ser menor para ellos el incentivo, soy una muñeca desarticulada, dos hombres sujetan mis piernas mientras me tocan, tengo la boca enmudecida por un mugroso trapo que se empeña en irse por mi garganta provocándome náuseas, primero una, luego otra y otra... *Soy una sola y gran náusea* que crece, me abarca toda y vomito, no puedo expulsar el vómito que se estrella contra la mordaza y vuelve hacia dentro, me ahoga, otro vómito, no puedo respirar, algo caliente me inunda y me asfixio. Comienzo a aprender a morir, siguen sobre mí, siento que mi cuerpo se sacude espasmódicamente (1993: 56, cursiva añadida).

El fragmento se articulaba sobre un desplazamiento en la economía temporal de la representación, y especialmente en la relación entre el tiempo de la enunciación y el del acontecimiento narrado. Si en un primer momento (de acuerdo a la lógica global del testimonio de Arce) la escena se construía en pasado y por tanto no coincidía el tiempo del sujeto que hablaba con el tiempo de la dinámica descrita (“me tiraron en una colchoneta y me violaron”), esa relación cambiaría abruptamente al inscribir la reflexión de Arce sobre su lugar en la lógica de la tortura, que pasaría a construirse sintácticamente en presente (“sólo percibo que soy ‘algo’ tirado ahí que está ‘siendo’ usado”).

Lo realmente significativo en ello no es que ese deslizamiento se realizara en ausencia de toda transición y de cualquier tipo de verosimilización narrativa, sino que generara una estructura muy problemática en la que el momento de enunciación coincidía temporal y espacialmente con el acontecimiento que estaba describiendo. Porque al crear esa ficción de simultaneidad entre enunciación y acontecimiento, el sujeto que hablaba coincidía punto por punto con aquel que sufría el proceso de disolución. Sólo desde esa ficción de simultaneidad era posible enunciar algo como “sólo percibo que soy ‘algo’ tirado ahí que está ‘siendo’ usado”, y más tarde “soy una muñeca desarticulada” y “soy una sola y gran náusea”, en la que el sujeto que hablaba constataba, literalmente, su desaparición en tanto tal.

Lo curioso es que si bien el texto postulaba implícitamente esa identificación –entre el sujeto que hablaba y aquel que se derrumbaba- ambos se excluían como posibilidad lógica. Es decir, ¿cómo en el preciso momento en que el sujeto se disolvía emergía una posición para hablar allí donde ya no debería quedar nada?, ¿de dónde salía ese yo que se situaba en un lugar vacío –que el propio texto decretaba como tal- para constatar, precisamente, su inexistencia? Aunque con intensidades y

soluciones formales muy diferentes, ese gesto profundamente paradójico había tenido lugar anteriormente en varios testimonios de supervivientes, por lo que creo que anuda, en su propia constitución, algo de lo fundamental de la enunciación testimonial. Se trataba, en cualquier caso, de una paradójica posición de enunciación – una *imposible voz*, como he llamado en otro lugar⁷ – que revelaba la dificultad de integrar el núcleo traumático de la tortura en el orden de la representación.

IV. La imposible posición del testigo.

Tejas Verdes. Diario de un campo de concentración en Chile, de Hernán Valdés, había llevado al límite, poco tiempo después del Golpe⁸, ese tipo de construcción enunciativa. El testimonio llevaba a cabo una suerte de transcripción de los pensamientos y sensaciones momentáneas del propio Valdés, construyendo su voz en un riguroso presente que no sería sustituido, a lo largo de toda la narración, por ningún otro tiempo verbal. Si pensamos el proceso enunciativo como la construcción de una posición subjetiva, ese presente permanente que hipertrofiaba el relato de Valdés hacía coincidir los acontecimientos con la emergencia de la subjetividad que podía dar cuenta de ellos, lo que producía una serie de problemas que, como veremos, tenían que ver con el hecho de que no en todas condiciones –y mucho menos en condiciones extremas– un sujeto puede colocarse en posición para hablar de aquello que le sucede.

A medida que avanzaba el relato, de hecho, el narrador comenzaría a describir recurrentemente su imposibilidad de pensarse como sujeto, vinculándola a la emergencia de una corporalidad que, en su incontrolable materialidad, socavaba cualquier tipo de identificación subjetiva⁹. Si entendemos que el campo de concentración, en sus variantes más extremas, “es el nombre de un mecanismo cuyo rendimiento consiste en arrebatar al sujeto en él recluido su identidad, arrojando la operación, como saldo final, un residuo o un resto irreductible: el cuerpo” (Sucasas, 2000: 198), el problema fundamental al que se enfrentaba Valdés podría formularse del modo siguiente: ¿desde qué posición podía narrarse la propia desestructuración subjetiva y la emergencia de ese resto excremental que es el cuerpo, si la subjetividad que podría hipotéticamente testificar de ello había sido totalmente anulada?

No sé cómo decir que estoy temblando sin que parezca una figura retórica. Las rodillas, los hombros, el pecho, los músculos del cuello y la nuca se estremecen

⁷ En *La imposible voz* (2005) he podido reflexionar ampliamente sobre este tipo de enunciación testimonial, a partir de un estudio pormenorizado del testimonio de Hernán Valdés, algunas de cuyas argumentaciones reelaboro brevemente en lo que sigue.

⁸ Había sido publicado por primera vez en Barcelona en 1974, y sólo sería editado en Chile en 1996.

⁹ “*Tengo una sola preocupación: cagar*, porque apenas me aguanto y estoy seguro de que me haría en el interrogatorio. Le pido que me deje ir. [...] El sol me deslumbra, la luz y la velocidad *me impiden pensar en mí de otra manera que como un puro objeto de la naturaleza.*” (Valdés, 112, la cursiva es mía).

cada cual independiente, con contracciones distintas. Sé que me duele mucho la espalda, pero el dolor no me hace sufrir. [...] El dolor en la espalda se revela en ciertos instantes, es como si ahora, recién, comenzara a recibir las patadas, una por una, en forma metódica, con una cronología precisa. Siento pena de mi cuerpo. Este cuerpo va a ser torturado, es idiota. Y sin embargo es así, no existe ningún recurso racional para evitarlo. Entiendo la necesidad de este capuchón: no seré una persona, no tendré expresiones. *Seré sólo un cuerpo, un bulto, se entenderán sólo con él* (1996: 115, cursiva añadida).

En este fragmento tematizaba la emergencia de la angustia en su forma más fundamental e irreparable: la visión fragmentada del propio cuerpo, causada además por la presencia de esa materialidad real que era imposible representar sin acudir al tropo (“no sé cómo decir que estoy temblando sin que parezca una figura retórica”) y por su incidencia dislocante en la imagen unitaria del cuerpo, sostén imaginario de la subjetividad. Aparecía, así, una representación fragmentada del cuerpo en la que cada elemento era una entidad discursiva distinta de las demás y donde lo único que unía a los diferentes elementos corporales era la figura de la contorsión, el salirse de su lugar de los diversos fragmentos de cuerpo.

Esa angustia de fragmentación producía un proceso en que el sujeto que hablaba se desolidarizaba del cuerpo que debería sostenerlo: “siento pena de mi cuerpo. Este cuerpo va a ser torturado, es idiota”. Pero en la frase que cierra el fragmento esa escisión aparecía modulada de otra forma, ya que el sujeto de la enunciación, si bien se distanciaba de su propio cuerpo incluyéndolo en la tercera persona del singular, se identificaba con él al mismo tiempo a través del verbo *ser*: “seré solo un cuerpo, un bulto, se entenderán con él”. Ello implicaba, a mi entender, la voluntad de construir un dispositivo que permitiera hablar desde la posición imposible que marcaba esa escisión, es decir, desde el no-lugar de articulación entre el cuerpo y la subjetividad¹⁰.

Es como si me cortaran en dos. Durante fracciones de segundo pierdo la conciencia. Me recobro porque estoy a punto de asfixiarme. Alguien me fricciona violentamente sobre el corazón. Pero yo, como había oído decir, lo siento en la boca, escapándome. Comienzo a respirar con la boca, a una velocidad endiablada. No encuentro el aire. El pecho me salta. Las costillas son como una reja que me oprime. *No queda nada de mí* sino esta avidez histérica de mi pecho por tragar aire (1996: 117, cursiva añadida).

Este fragmento llevaba al extremo la lógica que el texto construía para dar cuenta del proceso de radical desubjetivación que había tenido lugar en las sesiones de tortura, y llevaba a un punto límite su carácter paradójico. Para dar cuenta de ello, de hecho, era necesario que una subjetividad fuerte se hiciera cargo del discurso, lo

¹⁰ O, en otras palabras, en el no-lugar de articulación entre el ser viviente y el ser hablante, de acuerdo a la hermosa definición que Agamben (1995) da de la posición de enunciación del testigo superviviente de los campos.

cual se hallaba en abierta contradicción con la ficción que sostenía todo el aparato retórico del texto: a saber, que el sujeto que hablaba y el sujeto cuyos avatares eran representados eran el mismo, y que además lo que a éste le ocurría era rigurosamente simultáneo a su propio acto de decir.

Esa contradicción fundamental era la que producía paradojas del calado del ‘no queda nada de mí’ que aparece en este párrafo: si bien el “no queda nada” apuntaba a una idea de vaciado radical de la subjetividad, para enunciar el “de mí” era sin embargo necesario que algo quedara; algo tenía que quedar como resto en ese proceso de desontologización radical para desde allí hablar y referir esa falta de ser a un yo que se negaba explícitamente en el “nada queda”.

Es decir, si sólo quedaba como resto del sujeto, “esta avidez de mi pecho por tragar aire” ¿desde dónde podía enunciarse, en el interior mismo del acontecimiento, esa permanencia de un residuo excremental despojado de subjetividad? Únicamente desde el no-lugar de articulación entre el cuerpo y la subjetividad, esto es, en el espacio que surgía entre la materialidad corporal que sobrevivía como resto y esa voz que parecía anclada a una subjetividad desaparecida como objeto de sus propios enunciados, aunque no como posición determinable en ellos. Un resto quedaba por tanto de esa desontologización radical –no sólo el cuerpo que le sobrevivía como materialidad opaca, sino la posición de enunciación que ocupaba el sujeto-, un resto que hacía posible a la enunciación misma, porque sin él no sería posible hablar desde ningún lugar.

En ese bucle imposible se fundaba la paradoja en que se sostenía la posición del testigo; una posición imposible, pues permitía que un sujeto hablara desde el lugar de su propio derrumbe en el momento mismo en que éste se producía. Entiendo que a un proceso de estas características apuntaba Agamben al plantear que “testimoniar significa ponerse en relación con la propia lengua en la situación de los que la han perdido, instalarse en una lengua viva como si estuviera muerta o en una lengua muerta como si estuviera viva” (2000: 169). Porque si entendemos por una lengua muerta aquella en la que es imposible asignar la posición de sujeto, el desarrollo lógico de ese símil es que el testigo asume una posición de sujeto en un espacio en el que se niega su posibilidad: y eso es exactamente lo que sostenía la posición enunciativa de *Tejas Verdes*, tal como aquí la he analizado.

Es más, esa posición imposible que el texto de Valdés habilitaba para narrar la experiencia concentracionaria debe pensarse, creo, desde el paradigma de la fantasía: la de que un sujeto pudiera disociarse completamente y, de ese modo, observar y narrar coherentemente su propio derrumbe en el momento en que éste se produce. Esa fantasía era la que habilitaba la mirada imposible sobre la que se sostenía el texto, y la que por tanto determinaba la representación de la experiencia que en él tenía lugar.

Curiosamente, el psicoanálisis nos enseña que la fantasía es uno de los principales modos a través de los cuales los sujetos elaboramos los elementos que nos provocan angustia, desplazándolos a escenas imaginarias configuradas, muchas veces, de un

modo paradójico: en ellas el sujeto está a la vez incluido como actor principal y como espectador¹¹. Enseña también que en la dialéctica anteriormente mencionada entre el acontecimiento traumático, el tiempo del sujeto y su biografía, uno de los modos de incluir ese acontecimiento traumático en el interior del relato con que el sujeto narrativa su existencia es precisamente a través de la fantasía. Es decir, si el trauma era aquello que suponía una discontinuidad en el tiempo subjetivo y un corte en la narración en la que se sostiene la posición subjetiva, uno de los modos en que el sujeto puede reintegrarlo en su biografía es a través de fantasías que elaboren de alguna forma, a través de escenas o narraciones, esos elementos traumáticos.

De ese modo, podemos pensar que la construcción de una posición de enunciación que se negaba a sí misma como posibilidad era la condición para Valdés de que algo del núcleo traumático fuera enunciable en el relato. Que lo hiciera por la vía de esa fantasía que le permitiera hallarse presente como sujeto (con capacidad para enunciar y articular toda la representación en torno a sí mismo) en el proceso de su propio derrumbe en el momento en que éste se producía no viene sino a confirmar que sólo de esa forma podía conjurar esa relación paradójica -de extimidad, diría el psicoanálisis- que hace del trauma un cuerpo extraño, a la vez alojado y radicalmente externo al sujeto.

BIBLIOGRAFÍA

AGAMBEN, Giorgio.

1999 *Homo Sacer. El poder soberano y la nuda vida*. València, Pre-Textos.

2000 *Lo que queda de Auschwitz. El archivo y el testigo. Homo Sacer III*. València, Pre-Textos.

ARCE, Luz.

1993 *El infierno*. Santiago de Chile, Planeta.

BITAR, Sergio.

1987 *Isla 10*. Santiago de Chile, Pehuén.

CABIESES, Manuel.

1975 *Chile: 11808 horas en campos de concentración*. Caracas, Rocinante.

LANGER, Lawrence L.

1991 *Holocaust testimonies. The ruins of memory*. New Haven y Londres, Yale University Press.

MERINO, Marcia Alejandra.

1993 *Mi verdad*. Santiago, ATG.

¹¹ En su texto sobre *El acoso de las fantasías*, Slavoj Žižek señala que: “[...] dado el circuito temporal, la narración fantasmática involucra siempre una *mirada imposible*, la mirada mediante la cual el sujeto ya está presente en el acto de su propia concepción” (1999: 23-24).

MOULIAN, Tomás.

1996 *Chile Actual. Anatomía de un mito*. Santiago de Chile, LOM.

PERIS BLANES, Jaume.

2005 *La imposible voz. Memoria y representación de los campos de concentración en Chile: la posición del testigo*. Santiago de Chile, Cuarto Propio.

2008 *Historia del testimonio chileno. De las estrategias de denuncia a las políticas de memoria*. València, Universitat de València.

ROCA, Francesc.

1998 “Trauma: tragedia y tiempo”, en *Estudios Psicoanalíticos 4 Trauma y discurso*, Málaga, Eolia, págs. 77-87.

ROJAS, Carmen.

1988 *Recuerdos de una mirista*. Montevideo, Ediciones Del taller.

SCARRY, Elaine.

1985 *The body in pain. The making and unmaking of the world*. New York / Oxford, Oxford University Press.

SUCASAS, Albert.

2000 “Anatomía del *lager*. (Una aproximación al cuerpo concentracionario)”, *Isegoría* 23, págs. 197-207.

VALDÉS, Hernán.

1974 *Tejas Verdes. Diario de un campo de Concentración en Chile*. Barcelona, Ariel.

1996 *Tejas Verdes. Diario de un campo de Concentración en Chile*. Santiago de Chile, LOM.

WITKER, Alejandro.

1975 *Prisión en Chile*. México, FCE.

ZIZEK, Slavoj.

1999 *El acoso de las fantasías*. México, S. XXI.